

Virgen y otros relatos

April Ayers Lawson

Virgen
y otros relatos

Traducción de Inga Pellisa



EDITORIAL ANAGRAMA
BARCELONA

Título de la edición original:
Virgin and Other Stories
Farrar, Straus and Giroux
Nueva York, 2016

Ilustración: © Nicholas Mottola Jacobsen - Youarerockstar

Primera edición: marzo 2018

Diseño de la colección: Julio Vivas y Estudio A

© De la traducción, Inga Pellisa, 2018

© April Ayers Lawson, 2016

© EDITORIAL ANAGRAMA, S. A., 2018

Pedró de la Creu, 58

08034 Barcelona

ISBN: 978-84-339-8001-4

Depósito Legal: B. 4276-2018

Printed in Spain

Liberdúplex, S. L. U., ctra. BV 2249, km 7,4 - Polígono Torrentfondo
08791 Sant Llorenç d'Hortons

*Para mi abuela, Francis Rothel,
cuyo versículo favorito era:
«Porque no nos ha dado Dios espíritu de cobardía,
sino de poder, de amor y de dominio propio» (2 Timoteo 1, 7)*

Virgen

I

Jake no tenía intención de mirarle los pechos, pero ahí estaban, ridículamente hermosos, resplandecientes casi, asomados al profundo escote del vestido azul claro. Había leído los artículos de prensa, por descontado. Recordó que, en uno de ellos, explicaba que apenas seis meses antes del primer tratamiento de radioterapia estaba amamantando a su hijo pequeño. Y entonces reparó en que no llevaba sujetador.

¿Qué habría dentro: implantes salinos o de silicona? ¿Y qué tacto tendrían, uno y otro? Puede que llevara demasiado rato mirando. (¿Cómo esperaba que la gente no se las quedase mirando con un vestido así?)

Se había dado cuenta.

¿Se habría dado cuenta su mujer? Era poco probable. Se fijaba en él más bien poco últimamente.

—Hay que ver, menuda casa —dijo él apresurado.

Aunque no eran lo que se dice amigos, ella había estado en su oficina, con su hija pequeña, y habían estado comentando los planes de patrocinar una unidad móvil de mamografías. Habían conectado, le dio la impresión, y ese tiempo que habían pasado juntos persistía en su mente con la tensión

de un problema. Pero ahora lo había pillado sin duda alguna mirándole los pechos, hacia los que debía de tener sentimientos extraordinariamente encontrados, y parecía molesta.

—¿Qué significa eso exactamente?

—Solo quería decir que tienes una casa muy bonita —respondió Jake.

—Es demasiado grande, ¿verdad?

No sabía qué responder: la casa, a kilómetros de la carretera y enmarcada, en esa tarde primaveral, por una exuberancia vegetal casi de otro mundo, era en realidad la finca de una antigua plantación que incluía alojamientos independientes para los criados y los esclavos; por supuesto que era, desde un punto de vista técnico, demasiado grande, pero ¿qué se suponía que tenía que decir?

—Es preciosa —sorteó como pudo.

Insatisfecha, se dirigió a su esposa:

—¿Tú no dirías que una casa de este tamaño es demasiado grande, incluso para una familia de cinco?

Sheila, examinando el recibidor con su cara en forma de corazón levantada hacia el alto y enorme techo, pareció meditar la pregunta. Jake estaba muerto de vergüenza.

Para su alivio, Sheila respondió que estaba segura de que a los niños les encantaba contar con todo aquel espacio.

—La verdad es que mis hijos parecen ansiar espacios pequeños —dijo la anfitriona—. Los gemelos una vez se pasaron un día entero dentro de un cajón de embalaje. Cuando yo tenía su edad odiaba los sitios estrechos. Gritaba cuando la gente me cerraba la puerta del cuarto, que compartía con mi hermano y tenía más o menos el tamaño de un armario. Me temo que estamos condenados a querer lo contrario de lo que tenemos. —Se volvió de nuevo hacia Jake y dio la impresión de perdonarlo en ese mismo momento—.

En fin, pasad y tomad algo. Qué pareja tan adorable hacéis, ¡como recién casados!

La gente a menudo los tomaba enseguida por recién casados. A Jake eso le preocupaba, pero cuando le preguntó a Sheila si a ella le molestaba, se echó a reír. Le explicó que lo que quería decir eso en realidad era que la gente se los imaginaba enfrascados en sexo del bueno. Que Sheila diese a entender que conocía la diferencia entre sexo del bueno y sexo del malo también lo inquietaba. El problema de casarse con una virgen, comprendía ahora, era que te casabas con una chica que solo se convertiría en mujer después del matrimonio.

—Ya me puedes soltar la mano —le dijo ella en la fiesta esa noche.

No se había dado cuenta de que la llevara cogida.

Sheila tenía veintidós años y se acababa de licenciar en música en la Universidad Bob Jones. Jake tenía veintiséis, y antes de este trabajo había sido reportero en un diario de Charlotte. Adoraba el pestazo a papel prensa que impregnaba su cubículo y los cierres a altas horas de la noche, la euforia que lo invadía después de entregar un artículo. Y entonces, en una fiesta —ella había ido en coche a Charlotte con unos amigos—, había conocido a Sheila, con su belleza reservada, al margen en cierto modo del ruido y el fulgor de aquellos veinteañeros luciendo su atractivo. Estaban en el apartamento de un amigo de un amigo. Cuando salió al balcón a fumar, se la encontró allí sentada en una silla de jardín, con un vestido azul turquesa que resplandecía en contraste con el atardecer anaranjado, mirándolo con una expectación tan palpable que Jake sintió que llegaba con retraso. Ella, con su pelo castaño rojizo y brillante y su ex-

presión perspicaz, le pareció descaradamente pura, y pasaron toda aquella cálida noche de verano sentados en el porche del apartamento de su amigo, observando a la gente a través de las puertas de cristal, inventando diálogos cómicos para ellos, analizando sus gestos. No había cenado. Alguien en un apartamento vecino estaba haciendo carne a la parrilla, pero a pesar del olor de los filetes, se quedó con ella.

—Odio flirtear —dijo ella en un punto de la noche en el que la gente empezó a emparejarse. Él siguió la dirección de su mirada hasta el salón del apartamento, donde una chica cruzaba la sala a zancadas sobre unos tacones de aguja—. Y odio los zapatos de tacón alto.

Jake había reparado, cuando salió al porche a fumar, en los tacones azules abandonados en el suelo, en sus pies descalzos.

—¿Sabes por qué le gustan tanto a la gente?

Él le respondió que siempre había pensado que era porque estilizaban las piernas, y ella replicó excitada:

—Por la lordosis. ¿Sabes? El arco que traza la espalda de una mujer durante el apareamiento.

La observó mientras ella se subía a sus tacones y le decía que prestara atención al efecto que tenían en su postura.

—¿A que tenemos una cultura enferma? —dijo ella.

Jake examinó su culo, sus pantorrillas tonificadas y le dio la razón sin reservas mientras proseguía con sus críticas, consciente de que también ella, con las mejillas encendidas a la luz de las lámparas que llegaba del otro lado del cristal, estaba excitada. Sheila le dijo que ojalá dejase de fumar, porque no quería que tuviese un cáncer, y él se apresuró a apagar el cigarrillo que se estaba fumando con el talón del zapato. Sheila le pidió que le diera el paquete y luego, mirándolo a los ojos, lo lanzó a sus espaldas por encima de la baranda. Él no sabía si debía estar enfadado o impresionado:

Sheila era etérea, pero también un poco arpía. Cuando el fin de semana siguiente empezó a hacer planes de conducir hora y media hasta su pueblo para verla, le dio la impresión de que tal vez ya estaba enamorado.

La boda se había celebrado en una catedral incrustada en la ladera de una montaña, al atardecer, con el verano a punto de terminar. Fue casi perfecta, solo enturbiada por un tío borracho y distanciado de la familia con el que tuvieron que lidiar los parientes de Sheila—alguien le había llamado un taxi antes de la ceremonia— y por su propia madre, que se presentó justo cuando el cuarteto comenzaba a tocar la primera pieza con la falda y la blusa que había llevado la noche antes en el ensayo. Se sintió silenciosamente humillado—sabía que había bajado hasta Atlanta después de la cena para encontrarse con un hombre con el que había estado chateando por internet— y molesto por su aspecto escuálido, por su pelo canoso y demasiado largo. No quería imaginársela envejeciendo sola. Pero la tensión se desvaneció tan pronto como Sheila, con su vestido color marfil, los hombros descubiertos, se encaminó al altar. Y aunque era ella la que avanzaba hacia él, a Jake le embargó la sensación de que era él quien se acercaba a ella, y no sintió ni una pizca de ese miedo sobre el que le habían advertido otros hombres casados.

Sheila había empezado con las excusas cinco meses atrás. Estaba viendo la tele, bebiendo una cerveza después del trabajo, y ella entraba en el salón y le anunciaba que tenía que salir a por papel de cocina, o que tenía antojo de helado y había olvidado comprar la última vez que había salido. «Yo te acompaño», le decía él.

Pero ella alegaba que no tardaría mucho, o que quería escuchar un CD nuevo, y eso significaba que quería estar

sola. Jake no había tardado mucho en comprender que ella prefería escuchar sola los discos nuevos, porque él no tenía mucho oído, al menos en comparación. Así que dejaba que se marchase. A veces volvía enseguida. Pero algún que otro día habían pasado horas. Los jueves tenía ensayo de noche con la orquesta, y después de una de las sesiones no volvió a casa hasta cerca de las dos de la mañana, diciendo que había ido a tomar un café con una amiga de la orquesta y que había perdido la noción del tiempo. Esa noche, él había llegado con el coche al mismo tiempo que ella cruzaba como un rayo la acera, y recordaba que le había parecido especialmente arreglada para ir al ensayo, con el pelo, por lo general liso, ondulado como cuando salían por ahí. Después de abrazarse, ella se había vuelto a cogerle la mano y la había estrechado con detenimiento al tiempo que de un modo confortador—demasiado confortador— le masajeaba la palma con el pulgar. «Sáltatelo», le había rogado él, para ponerla a prueba, pero ella hizo como si no lo oyera. Se echó a reír y se encaminó a su coche.

Una tarde, cuando pretendía llamar a su mujer a casa, oyó la voz de su madre en el teléfono: había marcado su número por error. Estuvieron charlando unos minutos. Pero al hacerle lo que le parecieron preguntas inofensivas, debieron de filtrarse en su voz parte de las sospechas que le despertaba su mujer, porque su madre comenzó a reírse de él.

—¿No somos los dos un poco mayorcitos para que andes controlándome?

«Controlar» era el término que utilizaba ella para referirse a las indagaciones más torpes de su hijo acerca de su vida sentimental, las que hacía siendo adolescente.

—¿Qué he dicho? —preguntó él, con un sentimiento de frustración bien conocido.